



# EDITORIAL

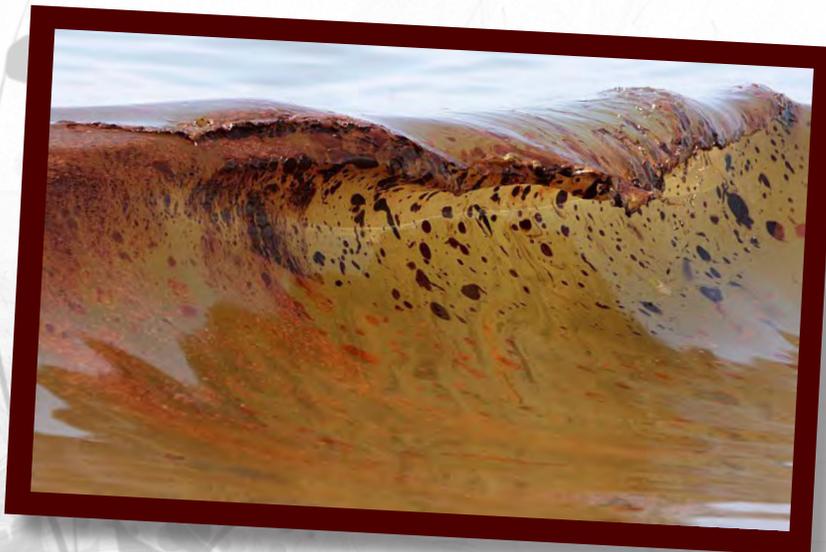
**M**Un grave suceso ambiental ocupa la atención mundial mientras se prepara este primer número del tercer volumen de Monteverdia: una plataforma para la extracción de petróleo ubicada en el Golfo de México, perteneciente a la compañía British Petroleum, sufrió un accidente, se incendió y el pozo está vertiendo, desde hace ya más de dos meses, grandes cantidades de crudo al mar. Las noticias son cada vez más alarmantes: varios trabajadores murieron inicialmente en el suceso, numerosos intentos por controlar el derrame han resultado totalmente infructuosos; se ha avanzado en algunos frentes, pero ni remotamente se han logrado alcanzar los resultados esperados; se habla de que el vertimiento de contaminantes continuará, sin interrupción, al menos tres meses más y, mientras tanto, la marea negra ha llegado a importantes y sensibles ecosistemas, ha afectado playas y otras instalaciones turísticas, por sólo mencionar algunos de los impactos más significativos. Nadie duda en calificar la situación como la mayor catástrofe ecológica ocurrida en los Estados Unidos en toda su historia.

La crisis ha sacado a la luz múltiples realidades que deben ser seguidas de cerca por los educadores ambientales: Al gobierno más poderoso del mundo contemporáneo se le escapó por completo el control de la situación, antes y después de producido el desastre, lo ha enfrentado con desesperante lentitud y reconoce que no tiene como resolverlo, por lo que ha dejado toda la gestión en manos de la inescrupulosa transnacional británica. La nefasta lección dejada hace unos años por el huracán Katrina, se reafirma ahora: si falta voluntad política, los pueblos, por muchos recursos de que dispongan, quedan totalmente indefensos ante la adversidad.

Sin embargo, las peores referencias guardan relación con el proceder de la compañía petrolera. Según se ha divulgado, tal contaminación se produce porque, sencillamente, no se había instalado el sistema de seguridad que la hubiera evitado ante contingencias semejantes, inversión que, de acuerdo con su estrategia de negocios, la empresa acostumbra a ahorrarse y no es la primera vez que se ve involucrada en accidentes semejantes. Respondiendo a su lógica estrictamente mercantil, prefieren pagar las multas que pudieran serle impuestas cuando se produce algún tipo de afectación, así como las compensaciones a los perjudicados y hasta una cosmética inversión para rehabilitar los ecosistemas dañados. Las personas que han muerto parecen valer menos que la tecnología de prevención y el impacto de los daños ambientales puede ser revertido con una simple asignación de presupuesto. Ni pizca de los más elementales principios humanistas y ético - ambientales.

A un alto costo vuelve a quedar demostrado el papel que debe jugar el estado en la fiscalización y control de la gestión ambiental, la esencia rapaz de las transnacionales y la incompatibilidad del capitalismo con el desarrollo sostenible. Monteverdia reconoce que, como parte del proceso de una educación orientada al desarrollo sostenible, el análisis de buenas prácticas y producciones limpias debe ser priorizado con respecto a la valoración de experiencias negativas y desastres, pero mientras se produzcan hechos como este, resultará siempre necesario realizar el mayor esfuerzo por socializar cuanta enseñanza nos dejan. Esa es la tarea que nos corresponde a los educadores ambientales.

*Comité Editorial*



EDITORIAL